CONFERENCIAS PLENARIAS

EL HEREJE: TESTAMENTO LITERARIO E IDEOLÓGICO DE MIGUEL DELIBES.

MARISA SOTELO VÁZQUEZ
Universidad de Barcelona

DE *LA SOMBRA DEL CIPRÉS ES ALARGADA* (1948) A *EL HEREJE* (1998).

En enero de 1948 el nombre del entonces joven periodista de *El Norte de Castilla,* Miguel Delibes, se convierte en noticia al conseguir el barcelonés premio Nadal de aquel año por *La sombra del ciprés es alargada.* La novela narra el proceso de formación del carácter de Pedro, un muchacho adolescente, huérfano de madre, que es encomendado por su padre a un preceptor en la fría y austera ciudad de Ávila. La temática de la muerte y el desasimiento, el dejar o ser dejado, junto a una visión pesimista y desencantada de la existencia caracterizan esta ópera prima del novelista vallisoletano, en la que están en germen muchos de los elementos caracterizadores de su poética narrativa. Desde esa primera novela, que bien puede ser calificada de *bildungsroman*, hasta 1998, en que Miguel Delibes publicó la última, *El hereje,* transcurren cincuenta años de intensa producción novelística que van a ir fijando y consolidando las señas de identidad del escritor castellano.

Muchos son los rasgos de su poética narrativa desde *La sombra del ciprés es alargada* pasando por *El camino, Mi idolatrado hijo Sisí, Las ratas, Cinco horas con Mario, Las guerras de nuestros antepasados, Parábola del náufrago, Madera de héroe* o *Viejas historias de Castilla la Vieja,* que reaparecen en mayor o menor medida en su última obra a modo de síntesis de su ejemplar trayectoria novelística, porque todas las obras de Delibes están articuladas entre sí, son fracciones de un mismo mundo, tal como ha reconocido el autor (2010: 86). En todas ellas el creador de tantos y tantos personajes de ficción ha situado siempre –a excepción de *El camino, Diario de un emigrante y Los santos inocentes-,* su obra en Castilla, en sus pueblos y en su paisaje, con el acompañamiento constante de su pasión por la naturaleza, la vida al aire libre y la caza. A la vez que los temas esenciales de su narrativa se repiten como si se tratará de una partida con una serie de cartas marcadas: la infancia, la solidaridad humana, la muerte, el miedo, la preocupación por

los débiles, los perdedores, el progreso sostenible, el antibelicismo, la comunicación y la tolerancia entre los seres humanos, en definitiva, la búsqueda constante de la autenticidad y de la fidelidad, la preocupación fundamental de Miguel Delibes no parece ser otra: "hallar el camino que conduzca a la plena realización como persona (o revelar el camino que lleva a su falsificación como persona)" (Sobejano 19/75/164).

Desde estas coordenadas, antes de analizar *El hereje* como verdadero testamento literario e ideológico de Miguel Delibes, conviene precisar brevemente varias cuestiones que atañen a la morfología específica de esta última novela:

Primero: se trata de la novela más extensa del autor y, sobre todo, algo mucho más sorprendente todavía, está ambientada en el siglo XVI, cuando toda la producción delibeana se había centrado en el siglo XX, bien en el mundo rural (*El camino, Las ratas, Las guerras de nuestros antepasados, Viejas historias de Castilla la Vieja, El disputado voto del señor Cayo* o *Los santos inocentes),* o en la clase media provinciana de la postguerra española (*Mi idolatrado hijo Sisí, La hoja roja, Cinco horas con Mario, Madera de héroe* y *Señora de rojo sobre fondo gris*).

Segundo: cuando Miguel Delibes publica *El hereje* tiene setenta y ocho años y cuatro años antes, en su espléndido y unamuniano discurso de recepción del Premio Cervantes, titulado significativamente "Una vida vivida" (1994), sus palabras refiriéndose a los personajes de sus novelas habían sonado claramente a despedida:

> Ellos iban redondeando sus vidas a costa de la mía. Ellos eran los que evolucionaban y, sin embargo, el que cumplía años era yo. Hasta que un buen día al levantar los ojos de las cuartillas y mirarme al espejo me di cuenta de que era un viejo. En buena parte, ellos me habían vivido la vida, me la habían disecado poco a poco. Mis propios personajes me habían disecado, no quedaba de mí más que una mente enajenada y una apariencia de vida. Mi entidad real se había trasmutado en otros, yo había vivido ensimismado, mi auténtica vida se había visto recortada por una vida de ficción (Delibes 19/94/65).

Idea, que dos años después, abonaban también su colección de artículos *He dicho*[5](1996) y, en el aspecto cinegético, la gran afición del novelista a lo largo de su vida, *El último coto* (1992).

Tercero: esta larga novela era poco previsible en un escritor que había defendido en diferentes ocasiones la brevedad como característica esencial de la novela moderna. Sin embargo, parece que el autor, consciente de que probablemente esta

5. En carta del 31 de diciembre de 1998 Gonzalo Sobejano escribe a Miguel Delibes: "Te agradezco mucho que te acordaras de mí al enviarme *El hereje* con tu dedicatoria. Yo te había escrito que *He dicho* era un título injustamente pesimista. La mejor prueba de que estás diciendo y tienes mucho por decir es tu magnífica novela" (Delibes 209)

iba a ser su última novela, su testamento literario, se planteó una obra extensa y ambiciosa en homenaje a su ciudad, Valladolid[6], y sobre un tema, el luteranismo, que siempre le había interesado. *El hereje,* como todas las de Delibes, es una novela de personaje, pero también hasta cierto punto una novela coral, la vida, los usos y costumbres del Valladolid áureo, que le iba a exigir un largo y laborioso proceso de documentación y de escritura. Según Amparo Medina, el manuscrito de *El hereje* consta de "516 cuartillas de desecho de *El Norte de Castilla,* escritas con rotulador azul, como era habitual en Miguel Delibes. Su escritura se inicia el 17 de julio de 1996, se prolonga durante ese verano y el siguiente en Sedano, el pueblo de Burgos donde el autor pasaba sus vacaciones". La construcción de la novela fue lenta, pues el autor precisó hacer varias redacciones hasta darla por totalmente concluida en la primavera de 1998, publicándose finalmente los últimos días de septiembre del mismo año (Medina-Bocos, 20/14/78).

Cuarto: convendrá también detenernos en la naturaleza de esta novela para ver hasta qué punto puede considerarse *El hereje* una novela histórica. No lo es, como veremos, estricto *sensu*, pero sí una novela con un fondo histórico, apoyada en las vivencias de unos personajes y unos hechos históricos comprobados y contrastados mediante una abundante documentación, aunque a Delibes parece no gustarle el marbete de novela histórica cuando dice: "he procurado por todos los medios que la historia no devore a la fábula"[7] (Castilla, 19/98/31) y a juicio de Bennassar lo consiguió plenamente (20/14/44).

ELEMENTOS PARATEXTUALES DE *EL HEREJE*

Tal como apuntaron algunos críticos en el momento de su publicación, *El hereje* "es sin duda la novela de Delibes que incluye mayora cantidad de elementos paratextuales" (Medina-Bocos, 20/14/65). Diferentes textos que tienen básicamente la función de contextualizar y orientar la lectura en una obra que por su extensión y temática, resultaba, como he dicho, bastante alejada de los parámetros de las demás obras del autor castellano. El primero de estos elementos paratextuales, en el pórtico de la novela, es una breve pero significativa dedicatoria: "A Valladolid, mi ciudad"[8], y a continuación dos planos: uno de la provincia de Valladolid con

6. Pues aunque Valladolid ya había sido el escenario de otras novelas urbanas de Miguel Delibes, tales como *Mi idolatrado hijo Sisí, Cinco horas con Mario, Diario de un cazador, Madera de héroe, Diario de un jubilado* o *El príncipe destronado,* la ciudad nunca había sido evocada de forma expresa hasta *El hereje,* en que el espacio urbano es en buena medida coprotagonista de la aventuras del personaje. Véase Carmen Morán, "Notas acerca del espacio histórico en *El hereje",* en Pilar Celma ed., (2010), *Miguel Delibes, pintor de espacios,* Madrid, Visor, pp. 147-170.

7. Para un estudio detenido de los rasgos históricos de *El hereje* véanse los trabajos de J.M. López de Abiada y J.Pérez Escohotado (2005) y el de Miguel Ángel García Pérez (2006).

8. Después de la publicación de *El hereje* el ayuntamiento de Valladolid decidió señalizar el barrio judío, así como el último itinerario que sigue Cipriano Salcedo desde la cárcel de la Inquisición hasta el lugar donde se llevó a cabo el

la prolongación hasta Toro en Zamora, y otro propiamente de la ciudad castellana fechado en 1650, que tal como señala Carmen Morán no son ornamentales sino que ponen también el acento protagónico en el espacio urbano de la ciudad castellana (2010:148). Más allá del interés de estos planos para contextualizar debidamente y visualizar el espacio novelesco, que en cierta medida recuerdan el para-texto colocado al principio de *El camino*, el mapa de la provincia de Santander, donde transcurría la historia de Daniel, *el Mochuelo*, interesa sobremanera el significativo fragmento del papa Juan Pablo II dirigido a los cardenales en 1994[9] y que Delibes reproduce justo antes del inicio de la novela:

> ¿Cómo callar tantas formas de violencia perpetradas también en nombre de la fe? Guerras de religión, tribunales de la Inquisición y otras formas de violación de los derechos de las personas…. Es preciso que la Iglesia, de acuerdo con el Concilio Vaticano II, revise por propia iniciativa los aspectos oscuros de su historia, valorándolos a la luz de los principios del Evangelio (Delibes, 19/98/14)[10].

La cita, como observó Amparo Medina (20/14/67) y han comentado también extensamente otros críticos (López Abiada y J. Pérez Escohotado, 20/05/179), no es inocente, el lector se encuentra a continuación con una historia de violencia hasta la muerte en la hoguera perpetrada en nombre de la ortodoxia religiosa. No es otro el argumento de la novela, sino la historia de Cipriano Salcedo, un hombre honesto y fiel a sus convicciones religiosas hasta la muerte, víctima de la intolerancia de los tribunales inquisitoriales y del auto de fe que tuvo lugar en Valladolid contra los conventículos luteranos a mediados del siglo XVI.

Aparte de estos textos introductorios, tras el final de la novela, el autor vuelve a colocar una breve nota, en este caso, aclaratoria de las fuentes documentales manejadas. Entre los diferentes libros de historiadores del fenómeno erasmista y luterano citados merece especial atención la referencias a Menéndez Pelayo, ya que determinados capítulos de la *Historia de los heterodoxos españoles* (que no ol-

auto de fe y la muerte del mismo en la hoguera.

9. Tal como señalan J. Pérez Escohotado y J. M. López de Abiada (20/05/179-180) este texto está en relación con tres hitos importantes: "la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, publicada el 10 de noviembre de 1994; el simposio sobre la Inquisición celebrado en el Vaticano en octubre de 1998, con la consiguiente apertura del archivo romano del Santo Oficio, y el documento *Memoria y reconciliación* presentado por Juan Pablo II el 12 de enero del año 2000. Miguel Delibes quiere colocarse, desde el mismo epígrafe de la novela, en esa tendencia autocrítica y conciliadora de la Iglesia de Roma, lo que induce a pensar que su novela y la historia que narra son un modo personal de contribuir a ese mismo espíritu", que por otro lado casa bien con la trayectoria ideológica del autor como un liberal cristiano postconciliar.

10. Miguel Delibes, *El hereje,* Barcelona: Destino, 1998. A partir de aquí citaré siempre por esta edición indicando solo el número de página entre paréntesis al final de la cita.

videmos que don Marcelino inicialmente quería titular "*Historia de los herejes"*[11]), fue, sin duda, una de las fuentes mejor utilizadas por el autor en la reconstrucción tanto del ambiente de los conventículos luteranos de Castilla, como de los dos autos de fe que tuvieron lugar en Valladolid el 21 de mayo y el 8 de octubre de 1559, y que Delibes, por razones obvias de eficacia y concisión narrativa funde en uno solo. Concretamente el capítulo VII del Libro IV de la *Historia de los heterodoxos españoles* titulado "El luteranismo en Valladolid y otras partes de Castilla la Vieja", contiene, además de magníficas descripciones de la ciudad castellana, vivos retratos de distintos personajes históricos de importancia en la expansión en Castilla de las tesis luteranas, muchos de ellos rodean en la ficción a Cipriano Salcedo, el protagonista de la novela. Me refiero a Don Carlos de Seso, Fray Domingo de Rojas, Los Cazalla, doña Leonor de Vivero, madre de estos, y doña Ana Enríquez, lo que evidencia la atención con que Delibes leyó a don Marcelino y la fidelidad con que recreó dichos hechos y personajes en su novela. También es preciso atender al estudio de Bennassar, *Valladolid en el Siglo de Oro: una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, que aporta múltiples noticias sobre el pasado histórico de la ciudad y sus alrededores, tal como ha demostrado con un exhaustivo cotejo de dicho estudio y la novela Carmen Morán (20/10/147-169). A esta documentación histórica hay que añadir el extraordinario dominio del lenguaje que tenía Miguel Delibes, evidente en todas sus novelas, especialmente en *Cinco horas con Mario,* y que, en el caso de *El hereje*, le llevó a documentarse sobre los usos lingüísticos de la época, como lo prueban una gran cantidad de términos correctamente utilizados, así como la precisión en el lenguaje referido a la navegación en el preludio de la novela, o el referido a los tribunales inquisitoriales en los interrogatorios a Cipriano y en la declaración final de Minervina Capa.

ESTRUCTURA DE LA NOVELA.

El relato de la vida de Cipriano Salcedo, protagonista de la novela, abarca diecisiete capítulos estructurados en tres partes más un preludio. Los títulos de dichas partes, denominados "libros"[12] son: "Los primeros años", "La herejía" y "El auto de fe", en ellos se narra de forma retrospectiva y siguiendo el hilo cronológico la

11. Menéndez Pelayo le comenta a su maestro Milà i Fontanals que ha visitado varias bibliotecas y archivos de París junto a Morel-Fatio con la intención de documentarse para la *Historia de los heterodoxos españoles,* a los que en la misma carta se refiere literalmente como "herejes". Véase carta del 10 de noviembre de 1877, donde dice así: "También creo haber visto todos o los más raros, libros impresos de herejes españoles que aquí se conservan. Pocos son, pero bastante peregrinos" (Menéndez Pelayo 19/82/541).

12. Estructura que no era nueva en la producción narrativa de Delibes, pues en *Mi idolatrado hijo Sisí* tenemos también una estructura tripartita y una estructura organizada en diferentes libros en *Madera de héroe*.

vida de Cipriano Salcedo, un importante comerciante de lanas y pieles de la ciudad de Valladolid en la primera mitad del siglo XVI.

El preludio es el único momento en que se quiebra la cronología del relato. Es decir, comienza *in media res*, cuando el protagonista, ya adulto y próximo a los cuarenta años, regresa de un viaje clandestino a Alemania, donde se había entrevistado con Melanchton, colaborador de Lutero y principal redactor de la Confesión de Ausburgo. En Alemania Cipriano había adquirido gran cantidad de libros prohibidos por el Santo Oficio y los tribunales inquisitoriales castellanos. Esto sucede exactamente en octubre de 1557 y, durante la travesía por mar hasta el puerto de Laredo en la galeaza "El Hamburg", tres personajes mantienen una larga conversación, el capitán Berger, el comerciante de lanas vallisoletanas Cipriano Salcedo y un sevillano llamado Isidoro Tellería, hombre un tanto enigmático y taciturno. Esta larga conversación ha sido comparada acertadamente con el género del diálogo renacentista por algunos críticos (Pérez Escohotado y López de Abiada, 20/05/184-186). Lo cierto es que este preludio, al margen de sus connotaciones musicales, es la parte más densa de la novela y por ello despistó a un crítico tan experto en la obra de Miguel Delibes como Gonzalo Sobejano, quien dice haber hecho incluso una pausa tras su lectura temiéndose que la novela continuara por intrincados derroteros religiosos y teológicos (Sobejano, 20/14/209). Es también la parte con más referencias a las doctrinas y las obras erasmistas y luteranas, La Biblia alemana, *Cautividad de Babilonia, El Papado fundado por el demonio* entre otras, y cumple la función de exponerlas a través de la conversación de manera que el lector inexperto en dichas materias pueda formarse una idea de cómo penetraron en España dichas doctrinas, qué grado de difusión alcanzaron a la vez que se señala la intolerancia de los tribunales del Santo Oficio para con aquellas nuevas ideas religiosas procedentes de Alemania.

El primer libro, titulado "Los primeros años", ocupa seis capítulos, desde el nacimiento de Cipriano en 1517 hasta la muerte de su padre en 1529, víctima de la peste que asoló Valladolid aquel año. Este primer libro tiene elementos caracterizadores propios de una *bildungsroman*[13], o novela de formación. En él conocemos los primeros años de la vida del protagonista, la soledad y la falta de cariño, al quedar huérfano de madre en el momento de su nacimiento, el miedo ante un padre autoritario e intransigente, que encomienda su crianza a la joven nodriza Minervina y que no siente por él ningún afecto e incluso le culpa de su viudez:

13. La *bildungsroman*, novela de formación o aprendizaje "narra la historia de un personaje a lo largo del complejo camino de su formación intelectual, moral, estética o sentimental en el tránsito de la adolescencia y primera juventud a la madurez" (Villanueva, 19/92/181). En la obra narrativa de Miguel Delibes se pueden encontrar otros casos de novela de aprendizaje, como *La sombra del ciprés es alargada, El camino* y, sobre todo, en la novela desde mi punto de vista más autobiográfica, *Madera de héroe*.

> A la cabecera de la cunita, la joven Minervina había colocado un lazo negro de tafetán. Los ojos de don Bernardo se endurecieron.
>
> -¿Qué pensará mientras duerme el pequeño parricida? –murmuró (72).

Y en otro momento de la trama de forma todavía más explícita:

> A Minervina le desagradaba que el señor subiera a los altos sin avisar, que mirase al niño con aquellos ojos inyectados, fríos, llenos de reproches: al niño no le quiere, señora Blasa, no hay más que ver cómo le mira –decía. Pero cada vez que el señor Salcedo subía a verle dormir, el niño quedaba incómodo para el resto del día, se desazonaba y lloraba a cada rato sin razón alguna. Para Minervina las cosas estaban claras: la criatura lloraba porque su padre le daba miedo, le asustaban sus ojos, su luto, su sombría consternación (78).

Obsérvese cómo muchos de estos rasgos caracterizadores de Cipriano niño habían aparecido en personajes de novelas anteriores. Así la orfandad del protagonista estaba ya en *La sombra del ciprés es alargada,* en *La mortaja* y en *Las ratas;* la experiencia del miedo más radical sobre todo en *Madera de héroe;* la figura de un padre autoritario e intransigente en *El príncipe destronado,* e incluso en *Las guerras de nuestros antepasados,* donde el pobre Pacífico Pérez es víctima de la violencia atávica que le inculcan desde la cuna su padre, su abuelo y su bisabuelo.

En este primer libro se narra de forma paralela a la vida del protagonista la vida de su padre, Bernardo Salcedo, su viudez, sus frustrados escarceos amorosos con Minervina, su relación con la prostituta Petra Gregoria y el profundo desafecto que siente por su hijo. El autor describe también con detalle el ambiente de la ciudad de Valladolid, la forma de vida de sus gentes, sus usos y costumbres, sus calles, plazas, iglesias y mercados, el floreciente comercio de lanas, fuente principal de riqueza de Castilla en la época. Presta Delibes especial atención a las redes comerciales de la ciudad, a la exportación de sus productos principalmente a los mercados de Flandes por el puerto de Santander, probablemente en un intento de dejar testimonio de un momento floreciente y rico de la vida de Castilla, cuando Valladolid se preparaba para ser corte de España:

> Asentada entre los ríos Pisuerga y Esgueva, la Valladolid del segundo tercio del siglo XVI era una villa de veintiocho mil habitantes, ciudad de servicios a la que la Real Chancillería y la nobleza, siempre atenta a los coqueteos de la Corte, le prestaban un evidente relieve social. Con el Duero, Pisuerga y Esgueva, antes de desmembrarse éste en los tres brazos urbanos, daban acogida, por un lado, a las casas de placer de la aristocracia, mientras facilitaban, por otro, una suerte de muralla natural a los periódicos asedios de la peste. El recinto propiamente urbano estaba circuido por huertas y frutales (almendros, manzanos, acerolos) y éstos, a su vez, por un círculo más amplio de viñas, que se extendían en ringleras por los cerros y el llano, hasta el extremo de que las calles de cepas,

> revestidas de hojas y pámpanos en el estío, cerraban el horizonte visible desde el Cerro de San Cristobal a la Cuesta de la Marquesa […]
>
> Encajonada entre los dos ríos, la villa, de pequeñas dimensiones (donde, al decir de las gentes de la época, cuando el pan encarecía había hambre en España), componía un rectángulo con varias puertas de acceso: la del Puente Mayor al norte, la del Campo al sur, la de Tudela al este y la de la Rinconada al oeste. Y salvo el cogollo urbano, empedrado y gris, con una reguera de alcantarillado exterior en el centro de las rúas, la villa resultaba polvorienta y árida en verano, fría y cenagosa en invierno y sucia y hedionda en todas las estaciones. Eso sí, allí donde la nariz se arrugaba, la vista se recreaba ante monumentos como San Gregorio, la Antigua y Santa Cruz o los recios conventos de San Pablo y San Benito. Calles estrechas, con soportales a los costados y casas de dos o tres pisos, sin balcones, con comercios o tallercitos gremiales en los bajos, Valladolid ofrecía en esta época, con su vivo tráfago de carruajes, caballos y acémilas, un aspecto casi floreciente, de manifiesta prosperidad. (49-51).

Esta magnífica pintura de la ciudad, además de la fuente de Bennassar ya citada, se puede cotejar también con la descripción que incluye Menéndez Pelayo en "Noticias de los Cazalla, Fray Domingo de Rojas, Don Carlos de Seso, el Bachiller Herrezuelo etc. antes de su proceso", la coincidencia temática e incluso lingüística en algunos términos es evidente:

> Valladolid era, en tiempo del emperador Carlos V, no solo la residencia habitual de la corte y la más importante de las villas castellanas, sino una de las más ricas, industriosas y alegres ciudades de España […] en sus gloriosos días juntaba cuanto puede dar animación y vida a un pueblo. El tráfago y movimiento cortesano, la asistencia de grandes señores, el bullicio de las escuelas, el esplendor de las artes suntuarias […] el lujo, la soltura de costumbres, la afluencia de extranjeros, todo debía contribuir a que se esparcieran rápidamente en Valladolid las ideas que por Europa venían haciendo su camino (Menéndez Pelayo, 19/82/182)[14].

Ambos textos subrayan la extraordinaria vitalidad y prosperidad de la ciudad castellana que se preparaba, como hemos dicho, para ser capital de la corte.

El segundo libro, titulado "La herejía", abarca los capítulos VII al XIV y se centra en la actividad comercial del protagonista, su éxito en los negocios, el fracaso de su matrimonio y la progresiva adhesión a las doctrinas luteranas. En este libro se pueden distinguir dos partes perfectamente diferenciadas, primero la narración de cómo Cipriano Salcedo se convierte gracias a su ingenio, su vista para los negocios y su constante trabajo en el comerciante más prestigioso de Valladolid.

14. Para un estudio de las deudas de *El hereje* con la *Historia de los heterodoxos españoles* de Menéndez Pelayo véase el trabajo de Mario Crespo López (20/10/37-54).

Amplía el negocio y añade a la tradición familiar de comercio de lanas el curtido y comercio de pieles, que empleará en reformar lo que hasta entonces había sido una pieza utilizada exclusivamente por los pastores, el zamarro, hasta convertirlo en una pieza de ropa, convenientemente innovado y embellecido, de uso para todas las clases sociales. Dicha prenda, confeccionada en diversos materiales, pasa a ser el famoso "zamarro Cipriano", letrero que adorna ahora la entrada al antiguo comercio familiar en la calle de Santiago.

Tras un breve *affaire* amoroso truncado por su familia con la que había sido su nodriza en la infancia, Minervina, Cipriano conoce cerca de Pedrosa, en pleno páramo castellano, a Teodomira Centeno, simbólico nombre de una muchacha campesina, gran esquiladora de ovejas, apodada la "Reina del Páramo", hija de un indiano rudo y adinerado, conocido con el sobrenombre del "Perulero"[15]. Tras un breve noviazgo contraen matrimonio y se instalan en la casa familiar de Valladolid. Los primeros tiempos son felices para la pareja, a pesar de la evidente desigualdad social, cultural e incluso física, pues Teodomira es descrita por el narrador como una mujer fuerte, corpulenta, extremadamente blanca y de carnes prietas, que contrasta con la imagen endeble aunque fuerte y ágil de Cipriano, a quien en el colegio de los Niños Expósitos le llamaban burlonamente "mediarroba". Quizás es la parte menos convincente de la novela, en la que Delibes se decide a narrar las aventuras amatorias y eróticas de Cipriano y su mujer Teodomira. Una tenue ironía tiñe todas esas descripciones, que son una excepción en la narrativa de Delibes, salvo algunas páginas –a mi modo de ver más logradas– de *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* o de *Señora de rojo sobre fondo gris*:

> Cuando hablaba Teodomira sentía una gran paz interior. Aquella muchacha, sobrada de peso, era la encarnación de la serenidad. Y su voz, de inflexiones acariciadoras, le producía una sensación de inmunidad como no había conocido hasta entonces. Pero lo que le sorprendió más a Cipriano fue el descubrimiento de Teodomira como hembra, el hecho de que la muchacha, al tiempo que sosiego, le produjera una viva excitación sexual (240) (254) y (255).

Pero poco a poco dicha relación se va deteriorando, en parte por el carácter algo histérico de la mujer y, esencialmente, por su obsesión por la maternidad que no llega y la acabará conduciendo a la locura, tras varios años de remedios para

15. El mote es otra de las constantes en los personajes de las novelas de ambientación rural de Delibes, alude a un rasgo característico de los mismos y es evidentemente herencia de la novela realista decimonónica, singularmente de Galdós. Véase por ejemplo *El camino,* con Daniel "el Mochuelo", Germán, "el Tiñoso"; Paco, "el herrero"; el maestro "el peón"; o Paco, "el bajo", en *Los santos inocentes.*

intentar potenciar su propia fecundidad y la de su marido. Motivo por el cual Delibes tuvo que documentarse también sobre la medicina y sus remedios en la época.

La segunda parte es la descripción de cómo Cipriano Salcedo entra en contacto con los círculos luteranos, enlazando con la formación religiosa que había recibido en el colegio de Niños Expósitos, que es dónde empezó a sentir curiosidad por dichos temas. En esta parte es en la que Delibes sigue de nuevo de cerca la documentación histórica y hace uso abundante de materiales procedentes de la *Historia de los heterodoxos* y de otras fuentes sobre la religiosidad en el siglo XVI. Teófanes Egido explica que conversó en múltiples ocasiones sobre estos temas con el novelista, que mostraba una curiosidad insaciable por conocer a fondo todas aquellas cuestiones relacionadas con las creencias luteranas y erasmistas que le asaltaban a medida que iba dando vida a su personaje (20/14/50-51).

Volviendo a la trama argumental, asistimos a un distanciamiento progresivo de la pareja, mientras que Teodomira centra obsesivamente toda su vida en el frustrado deseo de concebir un hijo, Cipriano se compromete cada vez más con los conventículos de luteranos vallisoletanos, seducido por la personalidad del Dr. Agustín Cazalla y por el magnetismo de otros miembros de su familia, como la madre, Doña Leonor de Vivero y los hermanos de aquel, Pedro, Beatriz y Costanza, junto a otros luteranos como Don Carlos de Seso y Juan Sánchez. Todos ellos personajes históricos, reales, que desempeñaron un importante papel en la difusión del luteranismo en Castilla, especialmente los Cazalla.

Los motivos más frecuentes de predicación y discusión en las reuniones clandestinas que mantienen en la casa de la familia Cazalla versan sobre las cuestiones esenciales del protestantismo: la doctrina de la justificación por la pasión y muerte de Cristo; la inexistencia del purgatorio; el reconocimiento del bautismo y la eucaristía como únicos sacramentos; la discusión de la autoridad de la iglesia de Roma y del Pontífice; así como también la crítica al culto de las reliquias y otras supersticiones. Para iniciar a Cipriano en el luteranismo doña Leonor le propone leer alguno de los diálogos de Latancio y Arcidiano del libro de Alfonso de Valdés, *Diálogos de las cosas acaecidas en Roma*[16].

Cipriano acepta la nueva doctrina no sólo desde la fe sino desde la buena fe y de manera auténtica -esa buena fe y autenticidad que recuerda la de Pacífico Pérez en *Las guerras de nuestros antepasados* o la de Jacinto San José en *Parábola del náufrago-,* le llevará a comprometerse con dichas ideas y con sus seguidores de manera firme y sincera, es decir, siguiendo fielmente los dictados de su conciencia. Muere su mujer, tras llevar un cierto tiempo encerrada en el manicomio de Medina

16. Fragmentos del diálogo entre Latancio y Arcidiano se reproducen literalmente entre las páginas 326- 329.

del Campo. Decide entonces Cipriano, tras enterrarla en el páramo, dos cosas: repartir sus bienes con sus trabajadores y hacer voto de castidad.

El Doctor Cazalla le aconseja que trabaje cada vez más en pro de las ideas luteranas y por ello le encomienda que viaje por Castilla: Zamora, Toro, Burgos... para establecer contactos entre los diferentes núcleos clandestinos de luteranos, así como también relaciones con el grupo sevillano y con el de Logroño, donde está Don Carlos de Seso, caballero veronés, de amplia cultura -también personaje histórico muy bien retratado por Menéndez Pelayo (1982: 206)-, y uno de los más importantes divulgadores de las doctrinas de Lutero.

Se describe con mucha precisión cómo se organizaban los encuentros entre los luteranos, celebrándose siempre de noche e identificándose mediante una contraseña. Las reuniones siguen siendo clandestinas pues los tribunales inquisitoriales vigilan cualquier movimiento sospechoso. Muere doña Leonor de Vivero, madre de los hermanos Cazalla y verdadera matriarca del cenáculo más importante de luteranos de Valladolid. Mujer autoritaria, de ideas claras, firmes y un convencimiento absoluto en las doctrinas que predica. El entierro se convierte en una gran manifestación de duelo en la ciudad, pero es premonitorio de lo que será el final del grupo luterano, pues en medio de los funerales se oye una voz que grita: "¡Doña Leonor a la hoguera!" (385), en clara alusión a las actividades religiosas clandestinas que se venían celebrando en su casa.

A partir de este momento se extreman las medidas de seguridad, se interrumpen provisionalmente las reuniones y las celebraciones eucarísticas clandestinas. Cipriano es entonces encargado por el Dr. Cazalla para viajar por Europa, Francia y Alemania, y recabar información de los círculos luteranos más avanzados así como para adquirir libros y publicaciones para su posterior distribución en Castilla. Este viaje o más bien el regreso del mismo es el que se narra en el preludio de la novela. Así se cierra la segunda parte.

Finalmente, el tercer libro, titulado, "El auto de fe" -proceso inquisitorial y condena a la hoguera-, sigue también muy de cerca los hechos históricos que tuvieron lugar en Valladolid a través de diversas fuentes documentales[17]. La narración enlaza con el regreso de Cipriano a Laredo, narrado en el preludio, sus nuevos contactos con el grupo de Cazalla, que ha crecido notablemente en los últimos tiempos. Ahora concurre a él, además de los ya antes mencionados, una bellísima

17. Teófanes Egido señala otras fuentes además de las documentales para la reconstrucción del auto de fe: "Entre todas ellas [fuentes], no se puede pasar por alto una, muy singular, y que pudo ver, admirar, estudiar gracias a una feliz coincidencia. Porque resultó que justamente cuando en 1996 comenzaba a escribir la novela, estaba Valladolid en fiestas por el cuarto centenario de la ciudad. Con este motivo se organizó una exposición monográfica de auténtica excelencia [ ] Hubo piezas exquisitas [ ] la más elocuente y expresiva de aquel ambiente fue la calcografía [ ] que dibujaba el auto de fe de mayo de 1559 con rara exactitud" (2014: 58-59).

mujer, Doña Ana Enríquez, por la que Cipriano se sentirá fuertemente atraído, pero cuya relación queda simplemente esbozada pues los acontecimientos se precipitan con la muerte de Carlos V en Yuste y la llegada al trono de su hijo Felipe II, se endurecen la vigilancia y las leyes de los tribunales inquisitoriales. Se producen así las primeras delaciones en un pueblo de Zamora, a cargo de Pedro Sotelo y su mujer Antonia Melo, que con anterioridad habían ayudado y alojado en su casa a un cenáculo erasmista. Como consecuencia de ello empiezan a producirse detenciones en cadena en otros pueblos hasta que finalmente caen todos detenidos.

Precisamente Cipriano es detenido en Cilveti, Pamplona, cuando, por consejo de los luteranos de Valladolid, se disponía a pasar clandestinamente la frontera para salvarse él y, sobre todo, para salvar toda la información que poseía de su reciente viaje a Alemania. Ya que, en aquellos momentos, después del Dr. Agustín Cazalla, era indudablemente el luterano más comprometido de la ciudad. Antes de salir huyendo, destruye, quema y hace desaparecer las cenizas de todos los libros heterodoxos de su biblioteca, *El Enchiridion o Manual del caballero cristiano*, de Erasmo, *Las tesis* de Lutero, *Los diálogos de Mercurio y Carón*, así como *El diálogo de la doctrina cristiana* de Juan de Valdés y las fichas y datos referentes a los conventículos luteranos de Castilla. Los libros destruidos son un buen ejemplo de la influencia de Lutero y Erasmo en la literatura española de la Edad de Oro.

Lo que sucede a continuación es un proceso *in crescendo* en el que asistimos a la descripción de las sórdidas y crueles cárceles secretas del Santo Oficio, a la formación de los Tribunales Inquisitoriales, al cínico desarrollo del proceso sin ningunas garantías para el reo, al interrogatorio, a la aplicación de tormento y, finalmente, a la promulgación de la condena. Condena que en todos los casos conllevaba la incautación de los bienes del reo[18], y en unos casos se acompañaba de cadena perpetua y en otros de pena de muerte, que podía ser de dos formas, garrote y hoguera. Garrote para aquellos que se arrepintiesen al final, o sea los llamados *reconciliados,* y la condena a morir quemado vivo en la hoguera para aquellos, que como Cipriano, permanecieron fieles a sus ideas hasta la muerte.

Es, sin duda, la parte más emotiva y sobrecogedora de la novela, donde la figura de Cipriano Salcedo se agranda y destaca por su honestidad, su honradez y su fidelidad al juramento de fraternidad con los demás luteranos, a los que no quiere denunciar a pesar del tormento y la tortura y, sobre todo, y esto es lo más doloroso y terrible para él, a pesar de que sabe que los demás le han delatado y se han dela-

18. Pues, como demostró Henri Kamen, *La inquisición española: una revisión histórica,* Barcelona: Crítica, 1999, los tribunales de la inquisición fueron el arma de que se sirvió la corona de Castilla para llenar las arcas del estado.

tado unos a otros sin el menor escrúpulo, infringiendo así no sólo el juramento de silencio de la secta, sino la más mínima fraternidad entre los hermanos.

Cipriano, después de sufrir tormento con una enorme entereza, es condenado a la pena máxima, morir quemado vivo en la hoguera. En el último día en la cárcel pasan por allí gentes de la Inquisición, sacerdotes jesuitas con la intención de que confiese sus culpas y se arrepienta de sus ideas, pero Cipriano que cree de buena fe, confiesa una vez más sus creencias de las que no se arrepiente porque faltaría a su conciencia:

> Cipriano, tumbado en el camastro, acogió con afecto al confesor. Le agradeció su presencia y le dijo que en su vida había tres pecados de los que nunca se arrepentiría bastante, y, aunque ya los tenía confesados, se los confiaba al padre en prueba de humildad: el odio hacia su padre, la seducción de su nodriza aprovechándose de su cariño maternal y el desafecto hacia su esposa, su abandono, que la llevó a morir trastornada en un hospital. Fray Luis de la Cruz asentía sonriente, le dijo que su confesión general le dignificaba, pero que en este momento, en víspera del auto de fe, esperaba unas palabras de arrepentimiento por su adscripción a la doctrina de Lutero. Cipriano que, en las medias tinieblas, apenas distinguía las facciones del fraile, le respondió que abrazó la teología del beneficio de Cristo de corazón, con buena fe, es decir, obró en conciencia y ésta, ahora, no se lo reprochaba. Como sin darle importancia, fray Luis de la Cruz le preguntó entonces quién le había pervertido y Cipriano contestó que no podía decírselo, que así lo había jurado, pero le constaba que tampoco su inductor obró con intención perversa. El fraile, que venía cansado, empezó a dar muestras de acrinomia, le impacientaba la obcecación de Cripriano, le dijo que no podía absolverle pero que aún estaba a tiempo. (462-463).

En el último momento, cuando, ataviado con el sambenito y montado en una borriquilla, debe dirigirse hacia donde estaban preparadas las hogueras, reaparece su fiel nodriza Minervina, que avisada de su fatal destino, decide acompañarle hasta el final. Es ella la que entre sollozos observa como las llamas prenden en el cuerpo maltrecho del que había sido su pobre niño desvalido, al que ella había criado y al que después había amado. Y es ella también la encargada de cerrar la novela con su declaración ante el tribunal del Santo Oficio, donde cuenta los últimos minutos y las últimas palabras del condenado, por él que hubiese estado dispuesta a morir en su lugar si éste se lo hubiese pedido. Este final, profundamente sobrecogedor, es una apasionada defensa de la libertad de conciencia a la vez que la constatación de la soledad radical del hombre en el mundo.

LA HISTORIA Y LA INTRAHISTORIA

Decíamos al principio que convenía analizar la naturaleza de la novela. *El hereje* es una novela tradicional en la que, siguiendo en buena medida el modelo de los *Episodios nacionales* galdosianos, conviven de forma natural personajes histó-

ricos y personajes de ficción. Delibes construye un espléndido friso de la ciudad de Valladolid y sus gentes basándose en unos hechos y personajes históricos reales y bien documentados, pero a la vez da vida a Cipriano, un personaje no histórico sino intrahistórico, que llega a tener tanto peso como los personajes históricos de la novela: los Cazalla, Leonor de Vivero, Carlos de Seso o doña Ana Enríquez. A todos estos personajes se refiere, como ha quedado dicho, Menéndez Pelayo en la *Historia de los heterodoxos* y describe su actuación, condena y ejecución en los Autos de Fe del 21 de mayo y 8 de octubre de 1559 en circunstancias muy semejantes a las descritas en la novela. Múltiples son los detalles que proceden de la verdad histórica, como la descripción de la geografía urbana, el proceso inquisitorial, la instalación del patíbulo, la curiosidad morbosa del pueblo que presenciaba las ejecuciones, la procesión de los condenados con su sambenito hacia la muerte en la hoguera (Menéndez Pelayo, 19/81/198-199).

Hemos dicho que *El hereje* es una novela de personaje, Cipriano Salcedo, pero, además, es también una novela coral, en la que Delibes reconstruye con fidelidad el pulso de la vida cotidiana de Valladolid y su provincia durante el reinado de Carlos V. El floreciente comercio de la ciudad, la actividad de la Real Chancillería, la rígida educación del colegio de Niños Expósitos, la vida cortesana, y una gran cantidad de personajes pertenecientes a los más diversos estamentos: monjas, letrados, clérigos, inquisidores, arrieros, curtidores, labradores, huérfanos y prostitutas desfilan por las páginas de la novela creando, como en la mejor tradición realista, auténtica impresión de vida.

Los personajes y datos históricos proceden de fuentes declaradas por el autor al final de la novela, y en cuanto a los personajes de ficción Delibes se alimentó de su propia experiencia narrativa. Por ello el profesor Sobejano, el crítico que mejor conoce la obra de Delibes, en su correspondencia recientemente publicada, le escribía el 31 de diciembre de 1998:

> No es el histórico el tipo de novela que prefiero, y tras leer el coloquio inicial en el barco, hice una pausa temiendo que las reflexiones religiosas o teológicas se prolongaran. Comprobé al reanudar la lectura que me encontraba en el ámbito de conciencia y creación característico de toda tu obra. Con un conocimiento admirable de la historia de tu ciudad, penetras a fondo en el vivir de los personajes y escribes una novela muy tuya: la villa y el páramo, las escenas de caza, criaturas que están viendo y oyendo en su tiempo, en sus hábitos, en sus inquietudes. Y no eludes el horror, pero no abusas de su descripción" (Sobejano, 20/14/209).

"Una novela muy tuya" sostiene certeramente Sobejano a la vez que subraya en dos constantes de la obra del narrador vallisoletano, la mesura y la sobriedad, que permitía identificarla y relacionarla con el resto de sus obras anteriores.

El tiempo de la historia de *El hereje* tiene también unos límites muy precisos, los cuarenta y dos años de la vida del protagonista, desde su nacimiento el 31 de octubre de 1517 y su muerte, víctima del Auto de Fe celebrado en Valladolid el 21 de mayo de 1559[19], coincide con el reinado de Carlos V hasta su retiro al monasterio de Yuste en 1556 y los primeros años del reinado de Felipe II.

Durante este tiempo algunos acontecimientos históricos van puntuando el relato, así se narra que premonitoriamente el protagonista viene al mundo el mismo día en que Lutero fija sus 95 tesis en la iglesia del castillo de Wittenberg. También por esas mismas fechas Valladolid se prepara para recibir a Carlos V. Delibes hace coincidir la muerte del padre de Cipriano con la epidemia de peste que asoló la ciudad en 1527. Y, por último, se mencionan en la novela otros hechos históricos como el levantamiento de los Comuneros (1521) o las referencias al Concilio de Trento (1545-1563). Son rigurosamente históricos todos estos datos, además de la peripecia vital de los personajes antes mencionados, los Cazalla, Leonor de Vivero, Ana Enríquez, don Carlos Seso, doña Guiomar de Ulloa y Teresa de Ahumada, que van tener una relación directa con el protagonista.

Pero la intrahistoria, la historia de los sin historia, es la que cobra realmente fuerza en la novela a través de Cipriano, Teodomira, Minervina Capa y tantos otros seres intrahistóricos que conforman el espléndido fresco de la sociedad vallisoletana del siglo XVI. Ese espléndido fresco lleno de auténtica vida es lo que produjo en Bennassar una sana "envidia de los novelistas, ya que ellos podían colmar una laguna de las fuentes, arriesgando una circunstancia, un acontecimiento, un diálogo verosímil aunque dudoso, sin riesgo mayor de error, osadía que el historiador no podía permitirse" (20/14/43). Estas palabras resumen la diferencia entre historia y literatura, de manera que podríamos decir que la literatura es la carne y la sangre de la historia.

CIPRIANO SALCEDO, ALTER-EGO DE MIGUEL DELIBES

Es bien sabido que en la poética narrativa del autor castellano, por encima de la importancia concedida a la historia y al tono, el elemento medular es siempre el personaje. Delibes, como Unamuno, era un gran creador de personajes vivos, en buena medida prolongaciones de su propio yo. Personajes intrahistóricos, verdaderos antihéroes, que nacen, además de su capacidad de observación de la realidad y de sus extraordinarias dotes para reproducir el lenguaje, de su mundo interior, de sus inquietudes, de sus miedos, de sus obsesiones, de sus anhelos y también de sus

19. Para una semana después, es decir el 28 de mayo, el escribano Julián Acebes dar fe de la declaración de Minervina Capa con que se cierra la novela.

inquebrantables fidelidades. En este aspecto las reiteradas reflexiones del escritor no dejan ninguna duda:

> Crear tipos vivos, he ahí el principal deber del novelista. Unos personajes que vivan de verdad pueden hacer verosímil un absurdo argumento, relegar hasta diluir su importancia, la arquitectura novelesca y hacer del estilo un vehículo expositivo cuya existencia apenas se percibe. Poner en pie unos personajes de carne y hueso e infundirles aliento a lo largo de doscientas páginas es, creo yo, la operación más importante de cuantas el novelista realiza […]. Visto desde este ángulo, el personaje se convierte en eje de la novela y su carácter prioritario se manifiesta desde el momento en que el resto de los elementos que integran la ficción deben plegarse a sus exigencias (Delibes 19/80/5).

Tal como se desprende del párrafo anterior, la importancia capital que el novelista vallisoletano concede a la factura del personaje en la arquitectura de la novela tiene que ver indudablemente con su extraordinaria capacidad para ponerse en la piel del otro y entender sus razones, es decir, con su capacidad de desdoblamiento autobiográfico, del que dan fe los personajes de sus numerosas novelas y cuentos:

> El novelista auténtico tiene dentro de sí no un personaje, sino cientos de personajes. De aquí que lo primero que el novelista debe observar es su interior. En este sentido, toda novela, todo protagonista de novela lleva dentro de sí mucho de la vida del autor. Vivir es un constante determinarse entre diversas alternativas. Mas, ante las cuartillas vírgenes, el novelista debe tener la imaginación suficiente para recular y rehacer su vida conforme otro itinerario, que anteriormente desdeñó. Por aquí concluiremos que por encima de la potencia imaginativa y el don de la observación, debe contar el novelista con la *facultad de desdoblamiento*: no soy así pero pude ser así (Delibes 19/67/355).

Y el personaje, como su autor, aparece siempre ligado estrechamente a un paisaje, Castilla, porque Miguel Delibes, como Pla, como Cunqueiro o como Faulkner, es un escritor con territorio. Hasta tal punto es así, que se puede hablar de la Castilla de Miguel Delibes, como del Empordà de Josep Pla, de la Galicia de Álvaro Cunqueiro o del Sur americano de William Faulkner. Además, en el caso de Delibes, el paisaje, sobre todo en las novelas de ambiente rural, es el verdadero maestro del hombre, confirmando la frase de Ortega en su artículo de *El espectador* sobre *La pedagogía del paisaje*: "dime el paisaje en el que vives y te diré quién eres"[20].

20. "La pedagogía del paisaje", *El Imparcial* (17-9-1906), *El Espectador, Obras completas,* t. I, Madrid, Alianza-*Revista de Occidente*, 1993, p/p.53/57. Me he ocupado del estudio de este aspecto en « La pedagogía del paisaje en las novelas de ambiente rural de Miguel Delibes », *Cruzando fronteras. Miguel Delibes entre lo local y lo universal,* ed. M. Pilar Celma y José Ramón González, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2010: 331/338.

Cipriano Salcedo nació de la imaginación de Delibes con todos los atributos de sus personajes pero por primera y única vez el escenario no es contemporáneo al autor sino una escrupulosa recreación de la época en que está ambientada la novela, el siglo XVI. Aún y con esta salvedad temporal se puede considerar a Cipriano uno más de los alter-egos de Miguel Delibes. Fue el propio novelista, quien en conversación con Santos Sanz Villanueva, afirmó que, de haber vivido en la época de Salcedo, hubiera sido erasmista pero ignoraba hasta dónde hubiera llegado, porque no tenía madera de héroe[21] (Sanz Villanueva, 1998).

Y por supuesto, Cipriano Salcedo es también como muchos otros personajes un perdedor. Una serie de acontecimientos marcan su vida, hijo un tanto tardío de Bernardo Salcedo y Catalina Bustamante, que, como fatal premonición de su trágico destino, había nacido el mismo día en que Lutero promulgó sus noventa y cinco tesis en Wittenberg en 1517[22]. Los primeros años de Cipriano transcurren con el único vínculo afectivo de su nodriza Minervina hasta que es internado por decisión paterna, en el Colegio de Niños Expósitos de Valladolid. Cipriano acepta el ingreso en dicho colegio con una disciplina muy rígida casi como una liberación, pues sentía verdadero miedo y frío ante las escasas miradas de su padre, por él que no siente ningún cariño. Sólo le duele tener que separarse de Minervina, que hasta entonces le había prodigado todo tipo de cuidados. Esta sensación de liberación ante las carencias de afecto recuerda la que experimenta Pacífico Pérez en el penal en el que está ingresado por el asesinato del Teoista. Pacífico, aunque privado de libertad, se siente liberado de la violencia que ejercían sobre él sus familiares y así se lo confiesa al Dr. Burgueño.

En el colegio Cipriano oye hablar por primera vez a sus preceptores de Erasmo y Lutero. Y en esta época afloran en el carácter del muchacho sus primeras inquietudes religiosas y sus escrúpulos de conciencia, que le acompañarán a lo largo de toda su existencia.

Cipriano es por muchos motivos que se han ido desgranando hasta aquí un personaje que reúne todas las características de los mejores personajes de Miguel Delibes. De infancia sin afectos, con un sentimiento de soledad y de miedo que va minando su naturaleza más bien frágil, de ahí su mote "mediarroba". También como otros muchos personajes es un amante de la naturaleza y tiene aficiones cinegéticas y es un buen conocedor del paisaje de Castila. Las bellas descripciones

21. Palabras que nos traen a la memoria forzosamente su novela más autobiográfica, *Madera de héroe*, donde precisamente en torno al concepto de falso heroísmo se construye la psicología del personaje protagonista, Gervasio García de la Lastra, que tanto debe en muchos aspectos de su trayectoria vital a Delibes.

22. "El hecho de que el niño hubiera nacido el mismo día que la Reforma luterana no era precisamente un buen presagio" (Delibes 19/98/143).

del páramo castellano merecerían un comentario más detenido que a buen seguro evidenciaría las semejanzas con las mejores páginas sobre la naturaleza y el profundo conocimiento que poesía Delibes de los pueblos castellanos.

Y desde el punto de vista moral es el personaje más auténtico de la novela, fiel a sus ideas hasta la muerte. No es arrogante ni soberbio, tampoco es un héroe sino que por lógica y coherencia con sus principios éticos y religiosos no puede mentir ni confesar lo que no cree. Por ello mantiene con valentía y machacona tozudez sus principios y creencias, incluso en el momento final, cuando ya está atado al palo y el verdugo tiene la tea encendida en la mano para prender lumbre a su hoguera.

Cipriano es símbolo de la libertad de conciencia, de la integridad moral y la defensa de las propias creencias que profesa sin tener en cuenta las consecuencias que se pueden derivar en una sociedad monolítica e intolerante, donde cualquier forma de disidencia o de heterodoxia es no solo reprimida sino que puede llevar al hombre a la muerte. En esta novela Delibes ha querido demostrar cómo la intolerancia de la jerarquía religiosa católica y su indiscutible ortodoxia puede ser tan opresiva para el individuo como cualquier otra forma de dictadura política o social. Tema que con variantes, es recurrente en otras novelas como *Cinco horas con Mario,* donde el protagonista es símbolo del hombre asfixiado por la intolerancia política e ideológica, y en otro sentido también en *Parábola del náufrago*, que plantea la destrucción y aniquilación del individuo por el sistema y que Delibes escribió, tras el fracaso de la Primavera de Praga, y significativamente dedicó a todos los oprimidos del este y del oeste.

También en *Cinco horas con Mario* se abordaba el tema del protestantismo en la medida en que el protagonista es un defensor de las ideas post-conciliares enfrentado a la ortodoxia católica y casi tridentina del discurso de Carmen. Y en *Madera de héroe* -novela con el trasfondo histórico de la guerra civil española- se menciona una "capilla protestante" (19/87/200), que será apedreada por el protagonista en su camino hacia el heroísmo.

En el aspecto religioso probablemente Cipriano Salcedo le deba a Delibes mucho más de lo que a primera vista pudiera parecer. Pues más allá de la distancia temporal que los separa y, sobre todo, de las dramáticas circunstancias de su vida, las dudas y vacilaciones del protagonista, su necesidad de creer, su confianza en una iglesia más humana y tolerante, que ya habíamos visto en *Cinco horas con Mario,* reaparece en esta novela con cruel desnudez. Por ello al ser preguntado Delibes por Amparo Medina-Bocos (19/98/8), hasta qué punto la novela en este sentido "es una forma de hablar de la radical soledad humana", respondía:

> -Hay momentos en que el hombre necesita oír a Dios, requiere su compañía, pero nos acompaña su eterno silencio. Hay un momento en la novela en que Cipriano necesitaría

> una palabra para saber si está en la verdad o era antes cuando estaba en ella. La palabra no llega, la señal que esperaba tampoco acaba de llegar. La decisión de su fe llega a depender de la palabra "romana", pero finalmente no la pronuncia. Es, en efecto, la radical soledad humana (Delibes, 19/98/8).

Y probablemente el destino trágico de Cipriano Salcedo, un perdedor como tantos otros personajes de Delibes, adquiere también un indudable valor simbólico. Su muerte en la hoguera, víctima de la intolerancia religiosa, es símbolo del fracaso de aquella España que entonces como en otros momentos de su historia no fue capaz de armonizar pacíficamente la convivencia entre los cristianos viejos y aquella nueva forma de religiosidad más auténtica que encarnaban los erasmistas y luteranos. De ahí se deriva la lección moral de la novela, que Delibes pone en boca del tío del protagonista, don Ignacio Salcedo, cuando se despide de su sobrino condenado a muerte con estas elocuentes y premonitorias palabras: "le atrajo hacia sí, le besó en las mejillas y le retuvo un momento entre sus brazos. -Algún día –musitó a su oído– estas cosas serán consideradas como un atropello contra la libertad que Cristo nos trajo. Pide por mí hijo mío" (462).

CONCLUSIÓN

Desde la atalaya implacable del tiempo transcurrido desde que consiguiera el premio Nadal por *La sombra del ciprés es alargada* en 1948, Delibes en su discurso de recepción del Premio Cervantes planteaba con cierta nostalgia hasta qué punto todos sus personajes, Daniel, el Mochuelo de *El camino*; el Nini de *Las ratas*; Lorenzo, el cazador de los *Diarios*; Mario de *Cinco horas*; Pacífico Pérez de *Las guerras de nuestros antepasados;* Cayo del *Disputado voto*; Gervasio de *Madera de héroe* no eran más que diferentes facetas de su propia personalidad, afirmando que toda novela es en parte una autobiografía. Y desde la perspectiva actual podríamos añadir a ese magnífico elenco de personajes a Azarías y Paco, el Bajo, de *Los santos inocentes* o Cipriano Salcedo, protagonista de *El hereje,* que vienen a completar el abanico ético y estético del escritor, su compromiso con el hombre de su tiempo y su exigencia moral:

> Ellos iban redondeando sus vidas a costa de la mía. Ellos eran los que evolucionaban y, sin embargo, el que cumplía años era yo. Hasta que un buen día al levantar los ojos de las cuartillas y mirarme al espejo me di cuenta de que era un viejo. En buena parte, ellos me habían vivido la vida, me la habían disecado poco a poco. Mis propios personajes me habían disecado, no quedaba de mí más que una mente enajenada y una apariencia de vida. Mi entidad real se había trasmutado en otros, yo había vivido ensimismado, mi auténtica vida se había visto recortada por una vida de ficción (Delibes 19/94/65).

Y en otro momento del espléndido discurso, que hubiera podido suscribir en esencia don Miguel de Unamuno, subraya la vertiente autobiográfica de sus novelas con estas palabras: "Si la vida siempre es breve, tratándose de un narrador, es decir de un creador de otras vidas, se abrevia todavía más, ya que éste antes que su personal aventura, se enajena para vivir las de sus personajes. Encarnado en unos entes ficticios, [...] transcurre la existencia del narrador inventándose otros "yos" (Delibes 19/94/65).

Bellas y nostálgicas palabras referidas a sus personajes, que encubren además una honda reflexión sobre apariencia y realidad, conceptos de clara raigambre cervantina, así como sobre el paso inexorable del tiempo y la muerte. Con ellas subrayaba una vez más el autor de *El hereje* su repetido intento a lo largo de los años de "descifrar al hombre" a través de la palabra, creando "tipos vivos" cuyo aliento vital -su pasión, su paisaje-, se integrase siempre en una historia y a partir de ella el discurso narrativo adoptara el tono y las modulaciones precisas en cada caso, pero sometido siempre como en esta novela a la jerarquía indiscutible del personaje:

> Pasé la vida disfrazándome de otros, imaginando, ingenuamente, que este juego de máscaras ampliaba mi existencia, facilitaba nuevos horizontes, hacia aquella más rica y variada. Disfrazarse era el juego mágico del hombre, que se entregaba fruitivamente a la creación sin advertir cuánto de su propia sustancia se le iba en cada desdoblamiento. La vida, en realidad, no se ampliaba con los disfraces, antes al contrario, dejaba de vivirse, se convertía en una entelequia cuya única realidad era el cambio sucesivo de personajes (19/94/65).

El final llegó para el novelista a los noventa años en su ciudad, Valladolid, después de una larga vida ejemplar dedicada al periodismo y a la literatura. Resulta difícil acostumbrarse definitivamente a su silencio, aunque el autor castellano desde la publicación de *El hereje* (1998) había decidido poner punto final a su obra y retirarse prácticamente de la vida pública, a la que nunca fue demasiado aficionado. En los últimos años sólo esporádicamente algún artículo en prensa relacionado con el atentado a las Torres Gemelas de Nueva York y el libro, *Miguel Delibes-Josep Vergés. Correspondencia (1948-1986),* publicado en Barcelona, en 2002, fueron los únicos signos de que el creador de tantos y tantos inolvidables personajes de ficción estaba preparando su despedida, con elegante discreción, tal como había vivido siempre.

Con su muerte se cerraba definitivamente en Valladolid el círculo de la vida del escritor nacido en la misma ciudad en 1920. Hasta en eso fue fiel Delibes a su rutina. Fiel a su tierra, a su paisaje, a su ciudad, a sus gentes, a sus amigos de toda

la vida, a su mujer, incluso a su editor y, sobre todo, también como su personaje a sus ideas y creencias.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO DE LOS RÍOS, Cesar. *Conversaciones con Miguel Delibes*. Madrid: Col. Novelas y cuentos, núm.83, 1973, reedición Barcelona: Destino, 1993.

AMBASSA LASCIDYL, Camile. "Sentido del tríptico "mujer-niño-muerte" en *El hereje* de Miguel Delibes". *Aula. Revista de Pedagogía de la Universidad de Salamanca* 12. (2000): 213-222.

BLANCO ALVARADO, Carlos. *Conversaciones en torno a* El hereje *de Miguel Delibes*, 43ª Feria del Libro de Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid. Edición no venal, 2010.

BENNASSAR, Bartolomé. *Valladolid en el Siglo de Oro: una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI,* Valladolid: Ámbito, Ayuntamiento de Valladolid, 2ª ed., 1989.

-----"A propósito de *El hereje* de Miguel Delibes", *El viaje de los libros prohibidos. Miguel Delibes, El hereje,* Valladolid, Fundación Miguel Delibes, 20/14/43-48.

CASTILLA, Amelia. "Miguel Delibes: todos mis libros son fábulas de perdedores", entrevista con Miguel Delibes, en *El País*, (21 de septiembre de 1998) 31.

CRESPO LÓPEZ, Mario. "Miguel Delibes, lector de Menéndez Pelayo. La escritura de *El hereje*", *De re bibliographica*. Menéndez Pelayo y su Biblioteca, 8, *Al fulgor de la hoguera.* Homenaje a Menéndez Pelayo y Miguel Delibes, Santander: Biblioteca Menéndez Pelayo, 2010. 37-54.

DELGADO, Luisa Elena. *La nación singular. Fantasías de la normalidad democrática española (1996-2011).* Madrid: Siglo XXI, 2014.

DELIBES, Miguel. "Una vida vivida", discurso de recepción del Premio Cervantes, Universidad de Alcalá de Henares, 1994.

-----*377ª, madera de héroe,* Barcelona: Destino, 1987.

-----*El hereje.* Barcelona: Destino, 1998.

DELIBES, Miguel / SOBEJANO, Gonzalo. *Correspondencia* 1960-2009, Amparo Medina Bocos ed., Valladolid, fundación Miguel Delibes-Universidad de Valladolid, 2014.

EGIDO, Teófanes. "Delibes, su humanismo y *El hereje", El viaje de los libros prohibidos. Miguel Delibes, El hereje,* Valladolid: Fundación Miguel Delibes, 2014. 49-62.

GARCÍA DOMÍNGUEZ, Ramón. "Un hereje por nombre Delibes. Alcance confesional y autobiográfico de la novela *El hereje*", *El viaje de los libros prohibidos. Miguel Delibes, El hereje,* Valladolid: Fundación Miguel Delibes, 2014. 83-90.

GARCÍA PÉREZ, Miguel Ángel. "Un intento de aproximación a la problemática que engloba la novela histórica: el caso de *El hereje* de Miguel Delibes" en VV.AA. *En el umbral del siglo XXI: un lustro de literatura hispánica (2000-2005)*, María José Porro Herrera y Blas Sánchez Dueñas (coords.). Córdoba: Universidad de Córdoba, Servicio de Publicaciones, 2006.119-130

GIMFERRER, Pere. "Notas sobre *El hereje*" en Miguel Delibes*, Obras Completas*, IV. *El novelista (1981-1998)*. Barcelona: Destino-Círculo de Lectores, 2009. 1037-1040.

ILIOPOULOS, Kriton. "La traducción y presentación de *El hereje* en Grecia", en VVAA. *Cruzando fronteras. Miguel Delibes entre lo local y lo universal*. Valladolid: Junta de Castilla y León- Cátedra Miguel Delibes-Universidad de Valladolid, 2010. 177-180.

KAMEN, Henri. *La Inquisición española.* Barcelona: Crítica, 1999.

LEÓN, Alfonso. "Tres carpetas para dar vida a un "heterodoxo". Documentación para una novela no histórica", *El viaje de los libros prohibidos. Miguel Delibes, El hereje,* Valladolid: Fundación Miguel Delibes, 2014. 19-42.

LÓPEZ DE ABIADA, José Manuel y LÓPEZ BERNASOCCHI, Augusta. "Pasado de un porvenir. Para una caracterización de Cipriano Salcedo, protagonista de *El hereje,* de Miguel Delibes", *Siglo XXI. Literatura y Cultura españolas*, 2 (noviembre), (2004):195-217.

MEDINA-BOCOS, Amparo. "Todos los hombres somos víctimas de la Historia", entrevista con Miguel Delibes, *ABC Cultural*, (24 de septiembre de 1998) 6-8.

-----"Miguel Delibes o el arte de contar historias. Notas sobre *El hereje*", *El viaje de los libros prohibidos.*

Miguel Delibes, El hereje, Valladolid: Fundación Miguel Delibes, 2014. 63-81.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. "El luteranismo en Valladolid y otras partes de Castilla la Vieja. Don Carlos de Seso. Fray Domingo de Rojas. Los Cazallas". *Historia de los heterodoxos españoles,* prólogo de Arturo Farinelli, México: Porrúa, 1982. 181-210.

MORÁN RODRÍGUEZ, Carmen. "Notas acerca del espacio histórico en *El hereje*" en VV.AA. *Miguel Delibes, pintor de espacios,* Pilar Celma (ed.), Madrid: Visor, 2010. 147-170.

ORTEGA Y GASSET, José. "La pedagogía del paisaje", *El Imparcial* (17-9-1906), *El Espectador, Obras completas,* t.I, Madrid: Alianza-*Revista de Occidente*, (1993): 53/57.

PÉREZ ESCOHOTADO, Javier y LÓPEZ ABIADA, José Manuel. "La historia de la ficción y la ficción de la historia en El *hereje* de Miguel Delibes", *Studi Ispanici,* 1, (1993):179-208.

-----"Irenismo y libertad de conciencia en *El hereje* de Miguel Delibes", *Vesants,* 52 (2006):177-206.

RÍOS SÁNCHEZ, Patrocinio. "Aproximación a *El hereje,* de Miguel Delibes", en VV.AA. *Clarines de pluma: Homenaje a Antonio Regalado,* Vicent Martín (coord.), Madrid: Síntesis, 2004. 275-290.

SANTONJA, Gonzalo. "Por la señal de la lengua (Reflexiones sobre *El hereje)* en VV. AA. *Nuestros premios Cervantes. Miguel Delibes*, Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León, 2003. 236-240.

SANZ VILLANUEVA, Santos. "En torno a Miguel Delibes", en *El último Delibes y otras notas de lectura,* Valladolid: Ámbito, 2001. 78-86.

-----"Miguel Delibes, entrevista con Santos Sanz Villanueva", *El Mundo, (*3 de octubre de 1998).

SOBEJANO, Gonzalo. "Miguel Delibes. La búsqueda de la autenticidad", *Novela española de nuestro tiempo,* Madrid: Prensa Española, 1975/161-218, 2ª ed. corregida y ampliada.

SOUBEYROUX, Jacques. "Histoire et fabulation dans *El hereje* de Miguel Delibes", Université de Saint-Étienne, *Cahiers du GRIAS*, 7, (2000) 121-142.

TRAPIELLO, Andrés. "Supervivientes. Sobre el último Delibes", Prólogo a Miguel Delibes*, Obras completas*, IV, *El novelista (1981-1998),* Barcelona: Destino-Círculo de Lectores, (2009) 9-23..

VALLS, Fernando. "La soledad del heterodoxo. Miguel Delibes, *El hereje*, 1998" en *La realidad inventada. Análisis crítico de la novela española actual,* Barcelona: Crítica, 2003. 279-282.

VÁZQUEZ FERNÁNDEZ, Isabel. "Miguel Delibes: *El hereje*, novela total", en VV. AA.: *Mostrar con propiedad un desatino. La novela española contemporánea*, Antonio Rey Hazas (coord.), Madrid: Ediciones Eneida, 2004. 233-254.

VILLANUEVA, Darío. *El comentario de textos narrativos: La novela,* Madrid: Júcar, 1989.

-----"Seis claves para Delibes", *Siglo XXI. Literatura y cultura española*, nº 1, (2003): 151-173.